

cobardes. Muere, amigo : si en las oscuras entrañas de la nada se pierden los cuerpos de los héroes, sus nombres quedan grabados para siempre en el alma de los que viven, y esta herencia se transmite á las generaciones más remotas enriqueciéndolo á los hijos de los hijos. Con esta jornada se echó punto final á las grandes batallas que de poder á poder se dieron en Venezuela realistas y republicanos, y desde entónces fué cuesta abajo la resistencia de los españoles en América, hasta cuando en Ayacucho declararon no poder más. No quedaban sino algunas plazas fuertes ; mas Puertocabello no podia ser impedimento para la constitucion de la República, y el guerrero comparece ante los mejores hijos de esta jóven madre á dar cuenta de la terminacion de su grande obra. La libertad estaba conquistada, la emancipacion asegurada : un pueblo salia del abismo de la esclavitud sacudiéndose las sombras, y con alta frente y paso firme ganaba un asiento entre los libres y civilizados de la tierra. Las cadenas, en pedazos, fueron echadas al mar ; sus fragmentos desmedidos resonaron en sus oscuras profundidades ahuyentando á los monstruos de la naturaleza, y hasta el callo que deja el yugo se ha disuelto en el cuello de las naciones redimidas. Pero Bolívar tiene aun que hacer : su espada no va á suspenderse en el templo de la gloria, pues mientras hay en el Nuevo Mundo un pueblo esclavo, su tarea no se ha concluido, y él dice en su ánimo lo que el poeta ha de expresar despues en el dístico memorable :

Mientras haya que hacer nada hemos hecho.

En dónde está Bolívar ? Él es, allí le veo : la sombra imperial de Huaina Cápac se le aparece en las nubes, y le dice que se ha de cumplir su profecía : él ha leído en el libro de las disposiciones eternas que el país de los Incas será libertado por un gran hijo del sol, vengada la memoria de sus descendientes. Bolívar deja su patria : Chimborazo queda á sus espaldas, se echa al mar, desaparece por el mundo. En dónde está Bolívar ? Él es, allí le veo : con el rayo en la mano amenaza á los opresores del pueblo en cuyo auxilio ha volado en alas de la victoria : Junin mira allí resplandeciente al padre de Colombia. El combate es á caballo ; cada jinete monta uno digno de un emperador, corcel egregio que pide la batalla con ese resoplar y ese manotear que llenan el campo de marcial bullicio. La barda le incomoda, trae limpios y sueltos los miembros, sin más adorno que la testera de grana, ni más resguardo que la herradura. No sale de la línea, por que en medio de su fogosidad es obediente ; pero allí se mueve, levanta el brazo en curva amenazante, extiéndelo con fuerza sobre el suelo repetidas veces, gime la tierra á la presión de ese loco martillo. En inquietud colérica, vuelve los ojos á un lado y á otro ; el vaiven de su cuello recogido indica que algo le irrita y le urge los espíritus. Le tiembla el vasto pecho, recoge el cuerpo, tira el freno y quiere dispararse á beberse los espacios. Canterac, ufano de sus escuadrones invencibles, alto y soberbio, recorre sus líneas, les habla de la madre patria, del honor de las armas castellanas : suya es la victoria. Esos valientes son terribles á la vista, irresistibles al encuentro : un ancho fiador de piel de oso les sujeta el morrion,

simulando una espantosa barba : erizado el bigote, parece en ellos el símbolo del valor enfurecido : ninguno siente miedo.

Frente por frente la hueste republicana no muestra aspecto más humilde : con su mirar de águila el terrible llanero señala para la muerte á tal ó cual enemigo. La vaina del sable cuelga larga y resonante de un talabarte de cuero blanqueado ; la hoja está al hombro ; la lanza, con el regaton en la cuja, se halla lista para ponerse en ristre. Hablan los jefes, rompen el aire los clarines : á espuela batida los caballos, los enemigos escuadrones entran hasta ponerse rostro á rostro, y en ademan de acometer, déjanse estar un buen espacio en fiera y muda contemplacion callando las espadas. Qué ideas hierven en ese instante en la cabeza de esos hombres que van á quitarse la vida ? qué afectos en esos feroces corazones ? Brown, noble teuton que combate por la república, rompe la batalla con un bote de lanza tal, que trae al suelo en lastimosa descabalgadura al jinete su contrario, un ibero desemejable que con la vista le estaba retando á la pelea. Es fama que no se oyó sino un tiro de pistola en esta accion, donde obraron el sable y la lanza puramente. Hasta ahora se hoye ese chis chas que horripila, ese gemir irritada la cuchilla afanándose más y más sobre el mísero cuerpo humano. Alanzéronse y matáronse muy á su sabor los dos ejércitos, hasta cuando los españoles tuvieron por más cristiano ponerse en cobro, atras los colombianos sacándoles los bofes por el vientre en la punta de la hoja que comparece una tercia por delante. San-

gre corrió ese dia : Miller, Necochea, Lamar, Laurencio Silva mostraron puesto en su punto, bien así el denuedo como el esfuerzo del pecho americano. Miller guiaba á los hijos del Perú, y nada tuvo que hacer en el ánimo de ellos para verlos impávidos en el recibir al enemigo, terribles en el acometerle.

Son esos los garzones delicados
Entre seda y aromas arullados ?
Los hijos del placer son esos fieros ?

Sí, que ni los halagos de la beldad de Sciros envilecen á Aquiles, ni los encantos de Armida contienen á Reinaldo : la guerra tiene tambien su seduccion, y muchas veces sus incentivos son tales, que nada pueden suspiros ni lágrimas de hermosas contra esa cruda rival que les arrebatara sus adoradas prendas. Los hijos del placer, los muelles habitantes del Perú desmintieron entonces, y han vuelto á desmentir en ocasion no ménos grave, la sentencia del ferrarés :

La terra molle, e lieta, e diletta
Simile á se gli abitator produce,

dando á entender que la vida regalada enflaquece en el pecho del hombre, no solamente el valor, pero hasta las necesarias y puras afecciones de libertad y patria. Ello es cierto que los que viven hasta el cuello en el dulce mar de la dicha, no son los campeones más temibles en las luchas de Belona ; pero hay cordiales tan poderosos, que levantan el corazon y llenan el pecho de generosidad y nobleza. Sabido es que un conquistador se valió del lujo y los placeres para corromper y envilecer á un

gran pueblo á quien temia ; pero cuando la corrupcion y el envilecimiento no han llegado á la medula de los huesos, siempre hay remedio. Los peruanos tienen fama de ser gente de alegre y buen vivir, de adorar á la diosa de Páfos algo más de lo que conviene á la austeridad del filósofo ; pero si no se crían para santos, nos han hecho ver que no llevan la túnica de los lidios, ni los humos del placer estragan sus espíritus. Livianos, risueños, alegres en el seno de la paz ; ardorosos, esforzados, valientes en la guerra : tal vez ellos son los más cuerdos. Vivir pobres, abatidos, taciturnos, cultivando por la fuerza algunas virtudes, por falta de comodidad para beneficiar los vicios, y morir insignificantes, si es sabiduría, es sabiduría necia é infeliz. No creo que pueblo lo sea más que aquel donde el tiranuelo madruga todos los días á comulgar ; donde los ministros de Estado, los generales del ejército se postran como viles ante un fantasma tras cuyo hábito se está riendo Satanás ; donde á los habitantes les prohíben salir de noche en las ciudades ; donde comisan los esbirros y destruyen los instrumentos de música, esta amable civilizadora de los pueblos ; donde el amor, siquiera inocente y justamente interesado, tiene mil espías que le entregan al verdugo ; donde la verdad es imposible, porque la hipocresía es la premiada ; donde el valor se extingue con los nobles sentimientos del ánimo ; donde la charretera, la mitra, la toga están sujetas al azote ; donde una barbarie infame, cual excrecencia pútrida, ha brotado en el bello cuerpo de la civilización americana con síntomas de incurable. Qué decis de un pueblo donde se arrastra por las canas á un anciano prócer de la inde-

pendencia, un general envejecido en la guerra de la libertad ; se le echa en el suelo y se le azota ? qué decis de un pueblo donde los militares sostienen á capa y espada al hombre que los prostituye, los envilece, los enloda azotándoles sus generales ? Y esos miserables cargan charretera ! Y esos cobardes ciñen espada ! Soldados sin pundonor, son bandidos que están echados al saqueo perpetuo en la nación : soldados sin valor ni vergüenza, son verdugos que gozan de buena renta, y nada más. El valor, el punto militar en el soldado : sin estas prendas, los que así se llaman son la canalla, son la lepra de la asociación civil. Qué decis, qué decis de un pueblo donde la revolución ha venido á ser imposible, por falta de ambición en los militares ? Digo ambición, porque justicia, patriotismo, amor á la libertad son virtudes enterradas en el cieno há muchos años. Mas la ambición que suele animar hasta á los pequeños ; la ambición, vicio ó virtud inherente en Sud-América á la clase militar ; la ambición, que así como á las veces estraga el orden justo y bien establecido, salva otras la república derribando á los tiranos ; la ambición, pues ni la ambición halla cabida en el pecho de esos militares. Militares ! qué ambición en el del esbirro ? qué ambición en el del verdugo ? La soga es su arma, el patíbulo el altar donde piden á su dios por sus semejantes : que comer, que beber, honra y gloria de esos héroes. Incapacidad, no tanto ; vergüenza los retrae ; tienen la virtud de la vergüenza, ellos ! Temen que en el palacio, si por descuido vuelven la espalda, el cuerpo diplomático les descubra tras la casaca las cicatrices, las huellas largas

y coloradas del azote. Cómo han de ser ambiciosos? basta con que sean codiciosos : el dinero su profesion, el sueldo su honra, la servidumbre su deber. Y cargan charretera, y ciñen espada los felones! « Venid, general Petitt, que yo abrace en vos á todo el ejército. » Abrazando al general, abraza uno al ejército; azotando al general, azota al ejército. Qué decis de soldados, de oficiales que azotan á su general de orden de un despreciable leguleyo, y se confiesan y comulgan porque éste se lo manda? Y cargan charretera, y ciñen espada esos cariraídos, cuando la escoba se deshonraria en sus manos! Si alguno siente encendérsele el rostro á estas palabras, no de ira, no de venganza, mas ántes de vergüenza, le pongo fuera de mis recriminaciones, las cuales no se dirigen á los buenos sino á los malos, no á los hombres de pundonor sino á los infames. Nunca es tarde para el bien, amigos, y siempre es tiempo oportuno para recomendarnos á nuestros semejantes con acciones dignas de memoria.

Ni el exceso de la austeridad sincera, filosófica presta para la felicidad de las naciones; de la hipocresía, ¿ qué diremos? Qué de impiedades atras de la falsa devocion! qué de mentiras en el seno de la verdad simulada! qué de pecados, qué de delitos, qué de crímenes debajo del sórdido manto de las virtudes fingidas! Cuál es el peor enemigo de los pueblos? El fanatismo. Cuál es el peor de los tiranos? El que vive con el demonio, y á nombre de Dios sirve á la mesa del infierno. Cuál es la más desgraciada de las naciones? No la que no puede, sino la que no desea libertarse. Dije que ni el

exceso de la austeridad sincera, filosófica, prestaba mucho para la felicidad de la república, y lo sostengo. No creo que pueblo haya vivido en ningun tiempo vida más triste que el de Esparta : virtud montaraz, virtud selvática. Para dar la ley á la Grecia, los atenienses no necesitaron convertirse en osos del polo. Si los franceses vivieran al pié del confesor, dando de comer al diablo; si anduvieran la lengua afuera de iglesia en iglesia hartándose de pan sin levadura por la mañana, y cenando en secreto con el dios Priapo; si no osaran levantar los ojos, y su paso fuera el de tristes sombras que acarrear en el pecho un dolor incurable, el dolor de la hipocresía, que es horrible enfermedad; si los franceses fueran este pueblo, no irian con la frente radiosa, á noble paso, adelante de las naciones civilizadas, aun despues de vencidos. Luis Veuillot ayuna, se confiesa y comulga, es cierto; pero aun á él ya le hicieron entregar su delantal al papa. Yo pienso que Loyola no es bueno para emperador, rey ni presidente : si está en el cielo, á qué otra cosa aspira? Hablando estaba yo de los peruanos : ah, sí, este pueblo se ha ennoblecido grandemente : ni teme á invasores, ni sufre tiranuelos; y aunque se va con Elena, se halla presente á la lista. Alcibíades adora á Marte y Cíterea. Despues de un *dos de mayo*, ¿ quién tan injusto que los sindique de cobardes*? Los peruanos tienen su flor en la corona de Junin : los peruanos con Miller; los argentinos con Necochea; y esta alhaja desmedida adorna las sienes de Bolívar. La

* Con pena vuelvo á recordar que estas páginas fueron escritas siete años há. A otros hechos otros conceptos.

batalla de Ayacucho puso fin á la guerra de la emancipacion en Sud-América : gloria á Dios ya somos libres !

Fundadas dos naciones en el Perú, tornó Bolívar á Colombia : el reinado de los favores habia concluido, principió el de la ingratitud. Cuando su espada no fué necesaria, vino su poder en disminucion, y tanto subieron de punto la envidia y la maldad, que apénas hubo quien no acometiese á desconocerle é insultarle. Y cinco repúblicas estaban ahí declarando deber la existencia al hombre á quien con descaro inaudito llamaban monarquista los demagogos de mala fe, y tachaban de aspirar á la corona. Valor, talento, brazo fuerte y alma grande, pero ambicion y tiranía : aquí de Bruto ! aquí de Casio ! Me parece estar viendo á los sacerdotes de Osiris cuando llevan al dios Apis á ahogarle con gran pompa en el Nilo, apasionados por el mismo Genio que sacrificaban. Si los españoles volvieran entónces y entraran por fuerza de armas la República, los ingratos compatriotas de Bolívar le llamaran, y él no los oyera ; fueran á buscarle, y no le hallaran. Los grandes dolores propenden á la tumba ; los hay tan fuera de medida, que con ser vastas las entrañas de ese refugio insondable, rebosan en ellas, y sus senos repiten sordamente los gemidos de los desgraciados grandes. La posteridad toma á su cargo el resarcir esos quebrantos ; pero lo padecido ni la gloria lo borra. Hombres ciegos, hombres ingratos que habeis desconocido y escarnecido á vuestro libertador, si en los confines de la eternidad encontrais la sombra del padre de la patria, allí será el bajar la vista

y el caer de rodillas ante ese grande espectro. Bárbaros hay todavía que escarizan sus llagas, oradando el sepulcro, escarbando sus entrañas : si el héroe lo sintiese, la eternidad temblaria á esos gemidos, como la mar temblaba á los ayes de Filoctetes. Nueva ocasion, y grande, de admirar lo avieso de la naturaleza humana ; sino es que mirando cómo se extrema la ingratitud en este caso, la cólera nos gana primero que la maravilla. Semejantes á Pheron, tiran sobre los dioses, pero pierden la vista. Su espada, la del gran hijo del Nuevo Mundo, como la maza de Hércules, da de sí un olor pungente que ahuyenta á los perros y las moscas : tambien este héroe ha sacrificado al dios Myagro. Ninguna ave siniestra se atreve á volar sobre su tumba, porque cae muerta como las que pasaban por sobre la de Aquiles. Calystenes dice que el mar de Panfilia se agachó para adorar á Alejandro : Olmedo quiere que el Chimborazo haga la propia demostracion con un mosquito :

Rey de los Andes, la ardua frente inclina,
Que pasa el vencedor.

Esta cláusula tan bien rompida conviniera á la grandeza de Bolívar, ántes que al jefe hiperbóreo que pasaba caballero en un chibo á destruir los huevos de grulla. Y al que saludaran humildes los montes y los mares, no hemos de venerar nosotros ? « No, porque quiso hacerse rey. » Los augures anunciaron á Genucio Cipo que si entraba en Roma seria rey. Genucio torció el camino y se desterró de Roma para siempre. Bolívar hubiera hecho lo propio : un libertador no desciende á la condicion de simple monarca. Este Simon de Montfort que

junto con sus barones de fierro habia echado los cimientos de la libertad, no podia destruirla cuando estaba fundada. La envidia es musa aleve, inspira iniquidades; ó digamos mas bien, es arpía que se echa sobre la buena fama y las virtudes: ingratitud es mancha del demonio. Seamos como la estatua de Memnon que herida por los rayos del sol en el desierto, da de sí un suspiro melodioso, certificando de este modo los misterios de la luz: dejémonos herir por los destellos de la verdad, y oiremos en lo profundo del pecho un son vago, embelesante que nos haga sospechar la música del cielo. Verdad, justicia y gratitud componen un instrumento celestial, cuya armonía deleita aun á los seres inmortales.

A orillas del Atlántico, en quinta solitaria se halla tendido un hombre en lecho casi humilde: poca gente, poco ruido. El mar da sus chasquidos estrellándose contra las peñas, ó gime como sombra cuando sus ondas se apagan en la arena. Algunos árboles oscuros al rededor de la casa parecen los dolientes; los dolientes, pues ese hombre se muere. Quién es? Simon Bolívar, libertador de Colombia y del Perú. Y el libertador de tantos pueblos agoniza en ese desamparo? dónde los embajadores, dónde los comisionados que rodeen el lecho de ese varon insigne? Ese varon insigne es proscrito á quien cualquier perdido puede quitar la vida: su patria lo ha decretado. Me siento convertir en un dios! exclamó Vespasiano cuando rendía el aliento: Bolívar rindió el aliento y se convirtió en un dios. El espíritu que se liberta de la carne y se hunde en el abismo de la inmortalidad,

se convierte en dios: abismo luminoso, glorioso, infinito: allí está Bolívar. El puñal no sube al cielo á perseguir á nadie. Murió Bolívar casi en la necesidad, rasgo indispensable á su grandeza. Manio Curio, Fabricio, Emilio Paulo murieron indigentes: Régulo, si no araba con su mano su pegujalito, no podia mantener á su familia; y Mumio nada tomó para sí de los tesoros inagotables de Corinto. Aristídes, el más justo; Epaminondas, el mayor de los griegos, no dejaron con qué se los enterrase, y habian vencido reyes en pro de la libertad. Las riquezas son como un desdoro en los hombres que nacen para lo alto, viven para lo bueno, y mueren dejando el mundo lleno de su gloria. La codicia no es achaque de hombres grandes, puesto que la ambicion no deja de inquietarlos con sus ennoblecedoras comezons: enfermedad agradable por lo que tiene de voluptuoso; temible, si no la suaviza la cordura. Si Bolívar hubiera sido naturalmente ambicioso, su juicio recto, su pulso admirable, su magnanimidad incorrupta le hubieran hecho volver el pensamiento á cosas de más tomo que una ruin corona, la cual, con ser ruin, le habria despedazado la cabeza. Rey es cualquier hijo de la fortuna; conquistador es cualquier fuerte; libertadores son los enviados de la Providencia. Tanto vale un hombre superior y bien intencionado, que no conocerle es desgracia; combatirle conociéndole, malicia imperdonable. Los enemigos de Bolívar desaparecen de dia en dia sin dejar herederos de sus odios: dentro de mil años su figura será mayor y más resplandeciente que la de Julio César, héroe casi fabuloso, abultado con la fama, ungido por los siglos.

NAPOLEON Y BOLÍVAR

Estos dos hombres son, sin duda, los más notables de nuestros tiempos en lo que mira á la guerra y la política, unos en el genio, diferentes en los fines, cuyo paralelo no podemos hacer sino por disparidad. Napoleon salió del seno de la tempestad, se apoderó de ella, y revistiéndose de su fuerza le dió tal sacudida al mundo, que hasta ahora lo tiene estremecido. Dios hecho hombre, fué omnipotente; pero como su encargo no era la redención sino la servidumbre, Napoleon fué el dios de los abismos que corrió la tierra deslumbrando con sus siniestros resplandores. Satanás, echado al mar por el Todopoderoso, nadó cuarenta días en medio de las tinieblas en que gemía el universo, y al cabo de ellos ganó el monte Cabet, y en voz terrible se puso á desafiar á los ángeles. Esta es la figura de Napoleon: va rompiendo por las olas del mundo, y al fin sale, y en una alta cumbre desafía á las potestades del cielo y de la tierra. Emperador, rey de reyes, dueño de pueblos, qué es, quién es ese sér maravilloso? Si el género humano hubiera mostrado ménos cuanto puede acercarse á los entes superiores, por la inteligencia con Platon, por el conocimiento de lo desconocido con Newton, por la inocencia con san Bruno, por la caridad con san Carlos Borromeo, podríamos decir que nacen de tiempo en tiempo hombres imperfectos por exceso, que por sus facultades atropellan el círculo donde giran sus seme-

jantes. En Napoleon hay algo más que en los otros, algo más que en todos: un sentido, una rueda en la máquina del entendimiento, una fibra en el corazón, un espacio en el seno, qué de más hay en esta naturaleza rara y admirable? « Mortal, demonio ó ángel, » se le mira con uno como terror supersticioso, terror dulcificado por una admiración gratisima, tomada el alma de ese afecto inexplicable que causa lo extraordinario. Comparece en medio de un trastorno cual nunca se ha visto otro; le echa mano á la revolución; la ahoga á sus piés; se tira sobre el carro de la guerra, y vuela por el mundo, desde los Apeninos hasta las columnas de Hércules, desde las pirámides de Egipto hasta los hielos de Moscovia. Los reyes dan diente con diente, pálidos, medio muertos; los tronos crujen y se desbaratan; las naciones alzan el rostro, miran espantadas al gigante y doblan la rodilla. Quién es? de dónde viene? Artista prodigioso, ha refundido cien coronas en una sola, y se echa á las sienes esta descomunada presea; y no muestra flaquear su cuello, y pisa firme, y alarga el paso, y poniendo el un pié en un reino, el otro en otro reino, pasa sobre el mundo, dejándolos marcados con su planta como á otros tantos esclavos. Qué parangón entre el esclavizador y el libertador? El fuego de la inteligencia ardia en la cabeza de uno y otro, activo, puro, vasto, atizándolo á la continua esa vestal invisible que la Providencia destina á ese hogar sagrado: el corazón era en uno y otro de temple antiguo, bueno para el pecho de Pompeyo: en el brazo de cada cual de ellos no hubiera tenido que extrañar la espada del rey de Argos, ése que relampaguea como un Genio sobre las murallas de Erix: uno y otro formados

de una masa especial, más sutil, jugosa, preciosa que la del globo de los mortales : en qué se diferencian ? En que el uno se dedicó á destruir naciones, el otro á formarlas ; el uno á cautivar pueblos, el otro á libertarlos : son los dos polos de la esfera política y moral, conjuntos en el heroísmo. Napoleon es cometa que infesta la bóveda celeste y pasa aterrando al universo : vese humear todavía el horizonte por donde se hundió la divinidad tenebrosa que iba envuelta en su encendida cabellera. Bolívar es astro bienhechor que destruye con su fuego á los tiranos, é infunde vida á los pueblos, muertos en la servidumbre : el yugo es tumba ; los esclavos son difuntos puestos al remo del trabajo, sin más sensacion que la del miedo, ni más facultad que la obediencia.

Napoleon surge del hervidero espantoso que se estaba tragando á los monarcas, los grandes, las clases opresoras ; acaba con los efectos y las causas, lo allana todo para sí, y se declara él mismo opresor de opresores y oprimidos. Bolívar, otro que tal, nace del seno de una revolucion cuyo objeto era dar al traves con los tiranos y proclamar los derechos del hombre en un vasto continente : vencen entrambos : el uno continúa el régimen antiguo, el otro vuelve realidades sus grandes y justas intenciones. Estos hombres tan semejantes en la organizacion y el temperamento, difieren en los fines, siendo una misma la ocupacion de toda su vida, la guerra. En la muerte vienen tambien á parecerse : Napoleon encadenado en medio de los mares ; Bolívar á orillas del mar, proscrito y solitario. Qué conexiones misteriosas reinan entre este elemento sublime y los varones

grandes ? Parece que en sus vastas entrañas buscan el sepulcro, á él se acercan, en sus orillas mueren : la tumba de Aquiles se hallaba en la isla de Ponto. Sea de esto lo que fuere, la obra de Napoleon está destruida ; la de Bolívar prospera. Si el que hace cosas grandes y buenas es superior al que hace cosas grandes y malas, Bolívar es superior á Napoleon ; si el que corona empresas grandes y perpetuas es superior al que corona empresas grandes, pero efimeras, Bolívar es superior á Napoleon. Mas como no sean las virtudes y sus fines los que causan maravilla primero que el crimen y sus obras, no seré yo el incauto que venga á llamar ahora hombre más grande al americano que al europeo : una inmensa carcajada me abrumaria, la carcajada de Rabelais que se rie por boca de Gargantúa, la risa del desden y la figa. Sea porque el nombre de Bonaparte lleva consigo cierto misterio que cautiva la imaginacion ; sea porque el escenario en que representaba ese trágico portentoso era más vasto y esplendente, y su concurso aplaudia con más estrépito ; sea, en fin, porque prevaleciese por la inteligencia y las pasiones girasen más á lo grande en ese vasto pecho, la verdad es que Napoleon se muestra á los ojos del mundo con estatura superior y más airoso continente que Bolívar. Los siglos pueden reducir á un nivel á estos dos hijos de la tierra, que en una como demencia acometieron á poner monte sobre monte para escalar el Olimpo. El uno, el más audaz, fué herido por los dioses, y rodó al abismo de los mares ; el otro, el más feliz, coronó su obra, y habiéndolos vencido se alió con ellos y fundó la libertad del Nuevo Mundo. En diez siglos Bolívar crecerá lo necesario para ponerse hombro

á hombro con el espectro que arrancando de la tierra hiere con la cabeza la bóveda celeste.

Cómo sucede que Napoleon sea conocido por cuantos son los pueblos, y su nombre resuene lo mismo en las naciones civilizadas de Europa y América, que en los desiertos del Asia, cuando la fama de Bolívar apenas está llegando sobre ala débil á las márgenes del viejo mundo? Indignacion y pesadumbre causa ver como en las naciones más ilustradas y que se precian de saberlo todo, el libertador de la América del Sur no es conocido sino por los hombres que nada ignoran, donde la mayor parte de los europeos oye con extrañeza pronunciar el nombre de Bolívar. Esta injusticia, esta desgracia provienen de que con el poder de España cayó su lengua en Europa, y nadie la lee ni cultiva sino son los sabios y los literatos políglotos. La lengua de Castilla, esa en que Carlos Quinto daba sus órdenes al mundo; la lengua de Castilla, esa que traducian Corneille y Molière; la lengua de Castilla, esa en que Cervantes ha escrito para todos los pueblos de la tierra, es en el día asunto de pura curiosidad para los anticuarios: se la descifra, bien como una medalla romana encontrada entre los escombros de una ciudad en ruina. Cuándo volverá el reinado de la reina de las lenguas? Cuando España vuelva á ser la señora del mundo; cuando de otra oscura Alcalá de Henares salga otro Miguel de Cervantes: cosas difíciles, por no decir del todo inverosímiles. Lamartine, que no sabia el español ni el portugues, no vacila en dar la preferencia al habla de Camoens, llevado más del prestigio del poeta lu-

sitano que de la ley de la justicia. La lengua en que debemos hablar con Dios, ¿ á cual sería inferior? Pero no entienden el castellano en Europa, cuando no hay galopin que no lea el frances, ni buhonero que no profese la lengua de los pájaros. Las lenguas de los pueblos suben ó bajan con sus armas: si el imperio alemán se consolida y extiende sus raíces allende los mares, la francesa quedará velada y llorará como la estatua de Niobe. No es maravilla que el renombre de un héroe sud-americano halle tanta resistencia para romper por medio del ruido europeo.

Otra razon para esta oscuridad, y no menor, es que nuestros pueblos en la infancia no han dado todavía de sí los grandes ingenios, los consumados escritores que con su pluma de águila cortada en largo tajo rasgúan las proezas de los héroes y ensalzan sus virtudes, elevándolos con su soplo divino hasta las regiones inmortales. Napoleon no sería tan grande, si Chateaubriand no hubiera tomado sobre sí el alzarle hasta el Olimpo con sus injurias altamente poéticas y resonantes; si de Stael no hubiera hecho gemir al mundo con sus quejas, llorando la servidumbre de su patria y su propio destierro; si Manzoni no le hubiera erigido un trono con su oda maravillosa; si Byron no le hubiera hecho andar tras Julio César como gigante ciego que va tambaleando tras un dios; si Victor Hugo no le hubiera ungido con el aceite encantado que este mágico celestial extrae por ensalmo del haya y del roble, del mirto y del laurel al propio tiempo; si Lamartine no hubiera convertido en rugido de leon y en gritos de águila su

tierno arrullo de paloma, cuando hablaba de su terrible compatriota; si tantos historiadores, oradores y poetas no hubieran hecho suyo el volver Júpiter tonante á su gran tirano, ese Satanás divino que los obliga á la temerosa adoracion con que le honran y engrandecen.

No se descuidan, desde luego, los hispano-americanos de las cosas de su patria, ni sus varones ínclitos han caído en el olvido por falta de memoria. Restrepo y Larrazábal han tomado á pechos el transmitir á la posteridad las obras de Bolívar y más próceres de la emancipacion; y un escritor eminente, benemérito de la lengua hispana, Baralt, imprime las hazañas de esos héroes en cláusulas rompidas á la grandiosa manera de Cornelio Tácito, donde la numerosidad y armonia del lenguaje dan fuerza á la expresion de sus nobles pensamientos y los acendrados sentimientos de su ánimo. Restrepo y Larrazábal, autores de nota en los cuales sobresalen el mérito de la diligencia y el amor con que han recogido los recuerdos que deben ser para nosotros un caudal sagrado; Baralt, pintor egregio, maestro de la lengua, ha sido más conciso, y tan solo á brochazos á bulto nos ha hecho su gran cuadro. Yo quisiera uno que en lugar de decirnos: « El 1° de junio se aproximó Bolívar á Carúpano, » le tomase en lo alto del espacio, *in pride of place*, como hubiera dicho Childe Harold, y nos le mostrase allí contoneándose en su vuelo sublime. Pero la musa de Chateaubriand anda dando su vuelta por el mundo de los dioses, y no hay todavía indicios de que venga á glorificar nuestra pobre morada.

WASHINGTON Y BOLÍVAR

El renombre de Washington no finca tanto en sus proezas militares, cuanto en el éxito mismo de la obra que llevó adelante y consumó con tanta felicidad como buen juicio. El de Bolívar trae consigo el ruido de las armas, y á los resplandores que despide esa figura radiosa vemos caer y huir y desvanecerse los espectros de la tiranía: suenan los clarines, relinchan los caballos, todo es guerrero estruendo en torno al héroe hispano-americano: Washington se presenta á la memoria y la imaginacion como gran ciudadano ántes que como gran guerrero, como filósofo ántes que como general. Washington estuviera muy bien en el senado romano al lado del viejo Papirio Cúrsor, y en siendo monarca antiguo, fuera Augusto, ese varon sereno y reposado que gusta de sentarse en medio de Horacio y Virgilio, en tanto que las naciones todas giran reverentes al rededor de su trono. Entre Washington y Bolívar hay de comun la identidad de fines, siendo así que el anhelo de cada uno se cifra en la libertad de un pueblo y el establecimiento de la democracia. En las dificultades sin medida que el uno tuvo que vencer, y la holgura con que el otro vió coronarse su obra, ahí está la diferencia de esos dos varones perillustres, ahí la superioridad del uno sobre el otro. Bolívar, en varias épocas de la guerra, no contó con el menor recurso, ni sabia dónde ir á buscarlo: su amor inapeable hácia la patria; ese punto de

honra subido que obraba en su pecho; esa imaginacion fecunda, esa voluntad soberana, esa actividad prodigiosa que constituian su carácter, le inspiraban la sabiduría de hacer factible lo imposible, le comunicaban el poder de tornar de la nada al centro del mundo real. Caudillo inspirado por la Providencia, hiere la roca con su varilla de virtudes, y un torrente de agua cristalina brota murmurando afuera; pisa con intencion, y la tierra se puebla de numerosos combatientes, esos que la patrona de los pueblos oprimidos envia sin que sepamos de dónde. Los americanos del Norte eran de suyo ricos, civilizados y pudientes aun ántes de su emancipacion de la madre Inglaterra: en faltando su caudillo, cien Washingtons se hubieran presentado al instante á llenar ese vacío, y no con desventaja. A Washington le rodeaban hombres tan notables como él mismo, por no decir más beneméritos: Jefferson, Madisson, varones de alto y profundo consejo; Franklin, genio del cielo y de la tierra, que al tiempo que aranca el cetro á los tiranos, arranca el rayo á las nubes. *Eripui cælo fulmen sceptrumque tyrannis*. Y éstos y todos los demas, cuan grandes eran y cuan numerosos se contaban, eran unos en la causa, rivales en la obediencia, poniendo cada cual su contingente en el raudal inmenso que corrió sobre los ejércitos y las flotas enemigas, y destruyó el poder británico. Bolívar tuvo que domar á sus tenientes, que combatir y vencer á sus propios compatriotas, que luchar con mil elementos conjurados contra él y la independenciam, al paso que batallaba con las huestes españolas y las vencía ó era vencido. La obra de Bolívar es más ardua, y por el mismo caso más meritoria.

Washington se presenta más respetable y majestuoso á la contemplacion del mundo, Bolívar más alto y resplandeciente: Washington fundó una república que ha venido á ser despues de poco una de las mayores naciones de la tierra; Bolívar fundó asimismo una gran nacion, pero, ménos feliz que su hermano primogénito, la vió desmoronarse, y aunque no destruida su obra, por lo ménos desfigurada y apocada. Los sucesores de Washington, grandes ciudadanos, filósofos y políticos, jamas pensaron en despedazar el manto sagrado de su madre para echarse cada uno por adorno un giron de púrpura sobre sus cicatrices; los compañeros de Bolívar todos acometieron á degollar á la real Colombia y tomar para sí la mayor presa posible, locos de ambicion y tiranía. En tiempo de los dioses Saturno devoraba á sus hijos; nosotros hemos visto y estamos viendo á ciertos hijos devorar á su madre. Si Paez, á cuya memoria debemos el más profundo respeto, no tuviera su parte en este crimen, ya estaba yo aparejado para hacer una terrible comparacion tocante á esos asociados del parricidio que nos destruyeron nuestra grande patria; y como habia ademas que mentar á un gusanillo y rememorar el triste fin del héroe de Ayacucho, del héroe de la guerra y las virtudes, vuelvo á mi asunto ahogando en el pecho esta dolorosa indignacion mia. Washington, ménos ambicioso, pero ménos magnánimo; más modesto, pero ménos elevado que Bolívar. Washington, concluida su obra, acepta los casi humildes presentes de sus compatriotas; Bolívar rehusa los millones ofrecidos por la nacion peruana: Washington rehusa el tercer período presidencial de los Estados Unidos, y

cual un patriarca se retira á vivir tranquilo en el regazo de la vida privada, gozando sin mezcla de odio las consideraciones de sus semejantes, venerado por el pueblo, amado por sus amigos : enemigos, no los tuvo, ¡ hombre raro y feliz ! Bolívar acepta el mando tentador que por tercera vez, y ésta de fuente impura, viene á molestar su espíritu, y muere repelido, perseguido, escarnecido por una buena parte de sus contemporáneos. El tiempo ha borrado esta leve mancha, y no vemos sino el resplandor que circunda al mayor de los sud-americanos. Washington y Bolívar, augustos personajes, gloria del Nuevo Mundo, honor del género humano junto con los varones más insignes de todos los pueblos y de todos los tiempos.

LOS BANQUETES DE LOS FILÓSOFOS